



STARCRRAFT  
HEART OF THE SWARM

# SIMETRÍA FRÍA

Por Cameron Dayton

*¿Por qué pedí que vinieras a reunirme conmigo bajo la luna llena, joven?*

No sé, Maestro. ¿Es por la luz? Saalok brilla esta noche.

*Rondas la respuesta, Teredal. La luna llena, ella remeda el símbolo de nuestra orden. La Esfera zelote es un signo de pureza, de concentración y de razón. Su forma se nos graba en el corazón cuando hacemos nuestros votos.*

No sabía que el símbolo era por la luna.

*Hasta el más diminuto de los arcos llena la circunferencia mayor, y tienes mucho por aprender. Pero, por ahora, todo lo que necesitas saber es que Saalok es sagrada para la orden de los zelot. Desde los tiempos antes del tiempo, los guardianes de Aiur construyen su vida en torno a la disciplina que enseña la luna.*

¿Enseña? Pero... es nada más una luna.

*¿Sabías que la luna de Aiur es única entre las estrellas?*

Perdóneme, Maestro. ¿Cómo puede ser? Los protoss estuvieron en muchos planetas y vieron muchísimas lunas. Algunas incluso más grandes o más brillantes o...

*Lo extraordinario no siempre depende de tener más o menos de algo, Teredal. A veces, lo extraordinario se encuentra en la plenitud. En la plenitud. Saalok es extraordinaria por su perfección. Matemáticamente, es una esfera casi perfecta y eso la hace única en todo el cosmos. No es casualidad que haya sido una luna como esta la que se decidió colocar sobre nuestro mundo. No es casualidad que nuestro pueblo haya observado su pureza en busca de orientación y claridad durante las eras más oscuras de la historia.*

Dice que alguien decidió colocarla. ¿Quién?

*Hay algunas preguntas que no tienen respuesta, y algunas preguntas recibirán respuesta en la plenitud del tiempo. Pero la pureza, la luz y el orden son los frutos de la inteligencia, Teredal. La inteligencia calma el rugido bestial del caos. La inteligencia canaliza el ruido, lo transforma en armonía.*

*Esa idea se encuentra en el centro de todo lo que para nosotros es sagrado y ha sido el núcleo de todas tus lecciones... desde la concentración mental que necesitas para encender tu espada psiónica, hasta el pensamiento cristalino que has entretejido en esta armadura consagrada.*

*Ahora, ¿crees que te he convocado aquí solo para conversar sobre la luna?*

Eeh... No, Maestro, no. Tenía la esperanza de que quisiera comenzar mi iniciación.

*Rondas la respuesta, Teredal. Ven, párate frente a mí. Es hora de que hagas lo primeros votos de tu orden.*

...

Era una emboscada, una emboscada sangrienta.

*¿Una emboscada? gruñó Zeranek, sus espadas refulgían. Se suponía que estos eran zerg salvajes.*

El hidralisco emitió un chillido y retrocedió un poco, tambaleándose, pero redobló el ataque. Aestó el golpe, largas garras que desgarraban con una precisión feroz. En un abrir y

cerrar de ojos luminosos, el escudo del zelot mitigó la embestida y quedó completamente agotado.

*Hasta los animales más tontos cazan por sorpresa,* disparó Kehdana.

Después se escurrió por un lado del hidralisco, esquivó sus garras y blandió su guadaña, que dibujó un arco luminoso, una curva letal de energía psiónica. El hidralisco cayó en pedazos.

La voz telepática de Kehdana era firme en medio de la batalla. *Concéntrate, zelot. Ellos son más que nosotros.*

Para Zeraneck, la advertencia llegó demasiado tarde. Dos zergueznos salieron de repente del espacio vacío que había dejado el hidralisco y tiraron al soldado al suelo. Su grito psíquico fue un rugido de ira y dolor; perder el equilibrio entre esas bestias era sinónimo de muerte. Kehdana giró en un movimiento oscuro, desdibujado —la danza sombría de los Nerazim— y con un golpe rebanó tanto a los zergueznos como a Zeraneck. El grito del zelot se apagó.

Teredal advirtió la piedad fría de la guerrera y asintió mientras se alejaba del hidralisco muerto que estaba a sus pies. Después dio un salto y enterró sus espadas en otra de las criaturas que, estúpidamente, le había dado la espalda para rematar a un templario oscuro. En la caída, el hidralisco casi aplasta a su víctima, y Teredal tuvo que empujar al zerg a un costado. El nerazim cubierto de sangre —Teredal creía recordar que se llamaba Kherenoss— se incorporó para agradecerle, temblando de dolor. Teredal trató de levantarlo pero vio que Kherenoss había perdido las piernas. Era demasiado tarde. El templario oscuro tembló una vez más y dejó de moverse.

Temporalmente protegido por el camuflaje cada vez más tenue de Kherenoss, el veterano lleno de cicatrices evaluó la batalla con su único ojo. De los doce guerreros que habían desembarcado en Saalok al amanecer, solo quedaban tres. Todo había pasado rapidísimo.

Los persecutores habían sido los primeros en caer, se habían desmoronado bajo una tormenta de espinas de hidralisco. Los templarios oscuros habían acudido enseguida a socorrer a sus hermanos cibernéticos; al ponerse frente a ellos, su intención era interceptar la siguiente descarga de espinas haciendo girar sus hojas de transposición. Era demasiado tarde para salvar a los persecutores, sus cuerpos arácnidos plateados no más que ángulos rotos desparramados por la arena; sin embargo, no era demasiado tarde para desquitarse con los zerg responsables de su muerte. Teredal veía que dos de los guerreros camuflados todavía luchaban, trazos de movimiento liminal cubiertos de vestigios de sangre alienígena brillaban sobre la arena pálida. Los templarios oscuros eran peligrosísimos en los combates melé, temidos en todo el sector por su invisibilidad letal. Pero la invisibilidad no era una buena aliada en una emboscada. Ambos templarios estaban rodeados de cuerpos de zerg, vivos y muertos. Ambos estaban a punto de ser derrotados.

Los zelot, combatientes implacables que sabían que estaban en desventaja numérica, se habían arrojado a la batalla sin pensarlo. Un zelot no se escondía en las sombras, no atacaba sin ser visto como los nerazim. Un zelot iba a la vanguardia, daba el primer golpe. Así había sido en incontables campos de batalla, en incontables mundos. Los zelot del xilium de Teredal no eran la excepción: con las espadas desenvainadas, habían cubierto la distancia que los separaba de los zerg hasta arrollarlos con un torrente de furia muda. Una bruma repentina de sangre negra y miembros amputados. El avance de los zelot había debilitado la emboscada, había bullido contra el enemigo y casi lo había obligado a rendirse. Casi.

Pero había llegado una segunda oleada de zerg dentro de las entrañas de un amo supremo, que los había dejado caer al suelo en un charco de bilis gorjeante. El contraataque fue

implacable: los bichos arremetían, se arrastraban, reptaban sobre sus hermanos muertos, y los zelot habían quedado sepultados, ahogados en garras. Todos habían caído, enterrados bajo los cadáveres crispados de los zerg.

Todos menos Teredal, el único zelot que quedaba de pie de los seis que habían desembarcado, un equipo de guerreros experimentados seleccionado por el concilio por su experiencia contra los zerg. Su misión era brindar apoyo, dos de ellos acompañarían a cada templario oscuro o equipo persecutor mientras ellos exploraban el territorio en busca de fortalezas zerg escondidas en los arroyos calcáreos de Saalok. Se suponía que esta sería una misión de infiltración, cuyo objetivo era marcar fortificaciones prioritarias para futuros ataques. El derramamiento de sangre no estaba en los planes.

Teredal sacudió la cabeza.

*Y no se habría derramado ni una pizca si hubiéramos venido en una nave camuflada. ¿Pero por qué esconder las naves de un enemigo incapaz de razonar? Los animales no rastrean inserciones orbitales, no distinguen la diferencia entre una estrella y un transbordador...*

La misión había fracasado. Ahora Teredal estaba de pie frente a una multitud de hidraliscos y zergueznos junto con los dos últimos... no, la *única* templario oscuro que todavía quedaba viva: Kehdana. La guerrera estaba rodeada, se defendía de la tormenta de garras curvas con una danza enloquecedora de espadas, fuego psiónico y sangre. Teredal se daba cuenta de que Khedana estaba peleando con lo último que le quedaba y salió de un salto de su escondite detrás del cuerpo de Kherenoss en un intento por atraer la atención de los zerg y liberar a la guerrera exhausta.

Funcionó. Tres hidraliscos se voltearon para perseguirlo. Un par de zergueznos los siguieron con chillidos de hambre.

Teredal oyó el silbido de las espinas de hidralisco y giró sobre los talones para esquivar una lluvia que le pasó rasando. En el impulso de la carrera, se topó con las garras de un zerguezno, que bajaban para asestar el golpe. La energía de disparo psiónica del arma que Teredal llevaba en la muñeca cortó las garras del alienígena con precisión arrogante.

Impulsado por la furia, como si no sintiera dolor, el zerguezno atravesó el chorro de su propia sangre, decidido a comer, a matar. La reacción fue instintiva, del tipo que Teredal había aprendido a provocar. Después de años de combatir a esas bestias, sus músculos se habían acostumbrado a los movimientos reflejos de defensa y ataque. Con la gracia que confiere la práctica, se agachó y dejó que la trayectoria del monstruo lo llevara de cabeza hasta la espada que él tenía alzada. Dos mitades palpitantes de zerguezno se desplomaron sobre el polvo lunar pálido detrás de Teredal.

En la mente de Teredal retumbaban gritos de muerte, el tejido psíquico se sacudía y crujía con las arias sombrías de sus hermanos zelot. El Khala conectaba los pensamientos y las pasiones de los protoss, y Teredal sentía las muertes de su xilium con una pena fría, desgarradora.

*Intenta no llamar la atención, envió. Y no dejes de moverte.*

*Tienen dientes arriba y abajo,* respondió Kehdana. En la voz mental de la templario oscuro se notaba el esfuerzo. *Y son dema...*

El silencio se comió sus palabras y, cuando Teredal se dio vuelta, la guerrera caía bajo un trío de zergueznos. Más espinas surcaron el aire y Teredal se echó al suelo cubriéndose la cara con las manos. Sintió un impacto punzante contra su armadura, oyó el grito del metal destrozado cuando cayó al suelo. Mientras se ponía de pie, Teredal vio que dos hidraliscos más

entraban en su rango de disparo. Uno se sacudió el polvo de la cabeza, una nube fantasmagórica le recorrió el caparazón espinoso.

Teredal sabía que no soportaría otra andanada, que las ondulaciones vacías del Khala significaban que estaba solo contra los zerg que quedaban. Mientras giraba imitando a los monstruos, que andaban en círculos, le echó un vistazo rápido a su mano y vio que el guantelete derecho estaba destrozado; ahora funcionaba solo una de sus espadas psiónicas. Su escudo se había quedado sin batería. El hidralisco principal siseó y se arqueó hacia atrás para retraer los protectores de sus lanzaespinas. Cayó más polvo de sus hombros.

*Polvo... estos zerg acaban de salir de sus madrigueras.*

El descubrimiento le dio impulso a Teredal. Tomó tres pasos de carrera y saltó hacia el hidralisco acomodando su cuerpo en forma de bola para protegerse de las espinas que silbaban debajo de él. La bestia, sorprendida por el movimiento de Teredal, se agachó y se deslizó hacia un costado. Teredal aterrizó y, en lugar de darse vuelta para enfrentarse con el hidralisco, envainó la espada y se internó en el agujero oscuro que estaba detrás de la criatura. En su madriguera. El único lugar donde podía escapar del fuego cruzado y obligar a su enemigo a un combate cuerpo a cuerpo. Espacios reducidos... era ahí donde un zerg era más letal, sin dudas.

Teredal se puso en cuclillas, bien pegado al suelo, en la oscuridad. El túnel estaba ocupado, se oían sonidos secos como de caparazón y de algo que cavaba, sonidos que se detuvieron abruptamente cuando él entró. Teredal conocía esos sonidos de tierra removida característicos de la cucaracha zerg, el frontispicio excavador de la horda quitinosa. Teredal volvió a encender la única espada psiónica que le funcionaba y la oscuridad quedó surcada de pinceladas de luz azul. Agazapada a un brazo de distancia de él, estaba la cucaracha. Ojos fríos, vacíos. Fauces llenas de dientes. Maxilas filosas completamente abiertas en ira animal. La

cucaracha llenaba todo el túnel con las garras gigantes listas para atacar; su siseo se transformó en un rugido que desprendió guijarros de las paredes curvas.

Teredal le enterró la espada en el ojo del medio con el cuerpo inclinado hacia un costado para esquivar las garras agonizantes que golpeaban contra el suelo del túnel. El rugido se fue desvaneciendo hasta convertirse en un suspiro borboteante y la cucaracha se sacudió, después se quedó quieta.

Más sonidos detrás de Teredal: el reptar seco del hidralisco que se arrastraba de vuelta a la madriguera de la que había salido. La cabeza y los hombros ya se veían dentro de la cueva. Teredal giró y tomó el borde de la placa torácica del hidralisco con la mano que tenía libre, lo arrastró hasta el *interior* del agujero y le aplastó la cabeza contra la pared dura de gravilla del túnel. Desencajó la espada de la cucaracha y la hundió en el cuello del hidralisco, que quedó clavado en el suelo. El cuerpo ofídico y pesado de la criatura se estrelló contra las paredes ásperas y el aire se llenó de polvo. Teredal agitó la espada y le cortó la cabeza. El hidralisco se estrelló contra la pared con aun más fuerza y el túnel se derrumbó en una lluvia de rocas y arena que el zelot esquivó de un salto. Con la abertura de entrada destruida, Teredal apagó su espada y la madriguera quedó oscura como una tumba.

Teredal se quedó inmóvil; tal vez los zerg pensarían que había quedado sepultado en el derrumbe. Las especies zerg que había encontrado en la emboscada no eran criaturas de gran sensibilidad —ni intelecto— cuando dependían de sus propios medios. La supervivencia del zelot ahora dependía de que el interés de los monstruos languidciera, de que su atención se concentrara en otra cosa. Sonidos de roces, el rugido agudo de un zergueño irritado con otro miembro de la manada y luego el ruido se fue desvaneciendo. Los zerg se estaban yendo. Teredal se quedó de pie en la oscuridad.

*Ahora para ver si... ¡momento!*

Había algo ahí arriba. Un hidralisco. El zelot oía su cola arrastrarse sobre la roca más arriba.

*Raro que uno se quede. Los zerg salvajes no dejan exploradores.*

La criatura se movía lentamente. Se... *alimentaba*. Teredal sentía que el mundo le perforaba la mente como un carámbano. El hidralisco se estaba alimentando de guerreros protoss, campeones entre los suyos y guardianes nobles de los niños perdidos de Aiur. Como ya había hecho infinitas veces, Teredal dominó la ira candente que amenazaba con aplastarlo. Como ya había hecho infinitas veces, la canalizó en una furia fría, enfocada.

Se puso en cuclillas, cerca del suelo, y evaluó la situación. Los zerg se alimentan solo cuando están lejos del talo, el bioterreno nutritivo que cubre el suelo en torno a una colmena. Eso significaba que el campamento zerg estaba alejado, tal vez un viaje de varias rotaciones. Cabía la posibilidad de que esta emboscada hubiera sido ideada por un grupo aislado que o regresaría a la colmena después de la victoria o bien continuaría viaje en una suerte de patrulla. Fuera cual fuera el camino que siguieran, si Teredal se quedaba quieto, los hidraliscos que quedaban se irían. Con solo una espada operativa y sin batería en el escudo, era consciente de que sería la decisión más segura. Tal vez podría salir del túnel una vez que la criatura se hubiese ido y completar la misión. Eso sería lo más sensato.

*Pero sería inútil.*

La misión se había planificado en torno a la idea de una población irracional de zerg salvajes que habitaban Saalok. Colmenas de animales —animales peligrosos— que podían localizarse, cartografiarse y eliminarse de la luna con una flota estacionada en órbita extrasolar. Era una flota costosa, compuesta de transbordadores livianos cargados con hostigadores especialmente diseñados para eliminar colmenas. Las fuerzas destinadas a aterrizar en Saalok

estaban perfectamente preparadas para destruir una infestación: hostigadores equipados con escarabajos explosivos, autómatas programados para arrastrarse hacia unidades e instalaciones marcadas y luego explotar. Los hostigadores eran muy efectivos contra fuerza terrestres y, según los sondeos en órbita, los zerg salvajes de Saalok eran casi exclusivamente zergueznos terrestres, hidraliscos y cucarachas; los pocos amos supremos que volaban sobre la multitud se consideraban prácticamente inofensivos. Los hostigadores descenderían con un apoyo aéreo mínimo... y quedarían hechos trizas a manos de un enemigo táctico e inteligente. Un adversario preparado para su llegada y armado con mutaliscos, las bestias aladas que seguramente estaban engendrándose en las colmenas de Saalok ahora que los zerg habían detectado la presencia protoss. O tal vez ya se habían engendrado, una armada escondida en las profundidades de los cañones lunares, una armada que ya serpenteaba por toda la superficie de la luna. Era una carnada tortuosamente irresistible, y el ejecutor había sido incapaz de ver el engaño.

Teredal sintió la condena de su gente como una sombra sobre la cabeza, nubes tormentosas que se acumulaban fuera de su alcance. Hasta una fuerza de mutaliscos reducida destrozaría un ejército de hostigadores que no podía despegarse del suelo. El aterrizaje de la flota estaba programado para la siguiente rotación lunar... hacia donde abría el día desde la posición de Teredal. Sería una catástrofe.

*Sea como sea, no sirvo de nada en este estado.*

En la oscuridad claustrofóbica del túnel, rodeado de zerg muertos, Teredal puso manos a la obra y se quitó la armadura rota del brazo derecho. La criatura que se alimentaba sobre la superficie hacía demasiado ruido para oírlo y el zelot estaba preocupado por la herida que había recibido. Era evidente que su guantelete había quedado reducido a pura chatarra. No solo una, sino *dos* púas de hidralisco habían impactado contra la médula conectiva de cerámica

de su antebrazo. Era un milagro que todavía pudiera sentir los dedos. Teredal cerró los dedos y sintió el calor de la sangre que le caía desde el hombro.

*Para esto voy a necesitar luz.*

Teredal encendió la punta de la espada psiónica que le quedaba y sostuvo la luz azul sobre su brazo. Sí, el guantelete había bloqueado las espinas monstruosas... pero le había cortado el brazo al retorcerse con la fuerza del impacto. Gracias a la compresión que le brindaba el servos inteligente de la armadura, la hemorragia era mínima pero, aun así, el brazo le sangraba. Tenía que curarse la herida.

El zelot levantó la espada y examinó el túnel. Detrás de él, la galería giraba un poco antes de terminar en la forma arrugada de la cucaracha muerta. En frente, una pendiente de rocas caídas y la criatura responsable del derrumbe. El hidralisco decapitado estaba ahí, medio enterrado bajo las piedras que había derribado en sus espasmos agónicos. Con el ceño fruncido, Teredal reptó hasta la criatura y arrancó la cabeza cercenada del cuerpo. Más fluido negro empapó la gravilla. Sin hacer ruido, Teredal empujó algunas de las rocas más grandes a un costado y se dispuso a destripar al hidralisco. Los tendones le servirían para ligarse la herida y ayudarían a frenar la hemorragia. Ya los había usado durante el asalto Hierba negra en Tepperus, le habían salvado la vida a un magistrado hacía unos cuantos años. Ahora, los tendones zerg le salvarían la vida a él.

Mientras trabajaba, analizó lo que había visto en la emboscada. ¿Sería cierto que los zerg actuaban bajo las órdenes de un ser inteligente? ¿Estaba seguro de que no era su imaginación? Teredal tenía que admitir que era posible que su grupo de veteranos cayera en una emboscada de zerg salvajes, que incluso, dadas las circunstancias adecuadas, las bestias podían destrozarlos. Tal vez estaba confundiendo mala suerte con estrategia. Cinco zelot de Aiur, tres persecutores, y tres templarios oscuros, todos eliminados por garras, espinas y

colmillos en cuestión de minutos. Una primera andanada que había atacado a los persecutores, las unidades con mayor movilidad y mejor armadas, seguida de una horda de zergueznos para anular a los templarios oscuros. Y el amo supremo se había mantenido fuera de alcance, la nave de evacuación voladora del ejército zerg, no más sabia que un zerguezno. Pero su presencia les había dado una combinación de entendimiento de manada y sensibilidad psíquica a los esbirros que pululaban abajo. ¿Mala suerte?

*No.*

Una emboscada ejecutada con demasiada perfección por unas criaturas que, supuestamente, eran salvajes.

*Yo sé cómo se comportan los zerg feroces. Vengo eliminándolos de nuestros mundos desde que quedaron en estado salvaje. Estos se movían en concierto. Los estaban controlando.*

Para Teredal no había duda. Él había luchado contra los zerg cuando estaban bajo el mando de su semidiós biológico, la Mente Suprema. Se había adaptado a las nuevas tácticas desconocidas cuando esa humana advenediza, Kerrigan, había tomado el control del Enjambre y se acordaba del resabio nauseabundo de las inexpertas estrategias terran entretejidas con los viejos patrones zerg, como el moho que cubre un hueso fosilizado. Más recientemente, Teredal se había adaptado a la locura de los zerg privados de su maldita reina: un caos de garras e ira insaciable frente al que los encuentros anteriores parecían juego de niños.

Teredal conocía a los zerg y sabía cómo luchaban. Conocía sus instintos y sus debilidades. Eran lecciones que le habían costado millones de cicatrices, un mapa de experiencia trazado con líneas irregulares por todo su cuerpo. Hasta el ojo de Teredal, perdido durante el golpe Plaza, había pagado una lección sobre cómo matar a los poderosos ultraliscos zerg. Teredal consideraba que había sido un precio justo por la enseñanza recibida a cambio:

una enseñanza y un monstruo enorme despedazado sobre los cerámicos de rezo sagrados de Nelyth.

Esas lecciones aprendidas con tanto sacrificio eran precisamente la razón por la que lo habían seleccionado. La razón por la que le habían ordenado escoltar a Kehdana a la zona donde, según los cálculos del ejecutor, la actividad zerg sería mayor, para proteger a la templario oscuro mientras posicionaba los faros. El centro de mando sabía que Teredal era capaz de guiar a Kehdana a través del centro de una colmena si se lo pedían. Teredal conocía a los zerg.

Y sabía que el ejecutor estaba equivocado. Alguien estaba controlando a los zerg. Él no sabía quién... o qué. No todavía. La formación de las bestias durante la emboscada no parecía obra de Kerrigan, tenía un tinte diferente pero, sin dudas, le resultaba conocida. Una versión más tosca del control de la Mente Suprema... la misma sensación de organicidad pero sin la gracia elegante, experta que Teredal recordaba de esas primeras batallas.

*¿Se habría engendrado un nuevo cerebrado para ocupar el lugar de la reina derrocada?*

Sin importar cuál fuera la respuesta, el nuevo estado de cosas complicaba el actual plan para recobrar Aiur. Teredal tenía que hablar con el ejecutor. Esto era más que una simple misión. Los protoss ya habían sufrido muchas pérdidas, su número solo una fracción del vasto imperio que, en una época, había brillado con orgullo en las estrellas del sector Koprulu. Esta incursión era su última esperanza, un costoso asalto a todo o nada para introducirse en lo que parecía ser un bastión enemigo por accidente.

Si Teredal no le avisaba, la flota quedaría expuesta frente a un enemigo preparado para atacar con ferocidad y rapidez. Los protoss necesitaban retirarse, volver a reunirse en consejo y repensar sus tácticas contra un enemigo *pensante*.

El único problema era que él no tenía forma de decirles. Teredal frunció el ceño y pensó en gritar sus pensamientos en el Khala lo más fuerte posible. Pero sabía que no tenía sentido. La flota estaba alejada porque así se había planeado. Se había planeado que quedara fuera de su alcance.

Su misión estaba caratulada como ataque *silencioso*, un pedido de los nerazim, independientes del Khala, a fin de impedir que los zerg feroces irrumpieran en las ondas psiónicas más poderosas que los protoss necesitaban para comunicarse extraplanetariamente. Los zerg, aún en estado salvaje, parecían tener la capacidad perturbadora de sentir las emisiones psíquicas más fuertes. Teredal no sabía bien por qué. Quizá la longitud de onda protoss era similar a las frecuencias de la Mente Suprema. Los zelot no tenían nada que hacer tratando de resolver misterios que era mejor dejar en manos de los altos templarios. Pero él sabía que las emisiones psiónicas fuertes atraían a los zerg como la luz a las polillas. De hecho, algunos tenían la hipótesis de que las criaturas eran *más* sensibles a la energía psíquica porque no tenían la disciplina ni la capacidad biológica de crear filtros mentales. Estos filtros eran necesarios en una sociedad inteligente que hablaba telepáticamente; los protoss aprendían a contener el tejido de pensamientos, muchas veces ruidoso, desde muy pequeños. Los zerg no tenían esa necesidad.

Así que el transbordador que había dejado a su equipo en Saalok era mudo, un vehículo automático programado para depositar su cargamento y volver a la flota, estacionada apenas pasando el límite del alcance psiónico. Lo más probable era que la flota hubiera visto lo que había pasado; los escáneres de vigilancia visual a bordo de las naves principales de seguro habían podido observar los resultados de la emboscada porque el hemisferio de la luna donde había ocurrido ahora estaba justo frente a la flota. Pero Teredal sabía que al ejecutor no le importaría el ataque, por lo menos no desde el punto de vista táctico. El plan, que le habían explicado claramente al comienzo, sería seguir adelante con la limpieza de Saalok sin importar los resultados obtenidos por su equipo. Se había invertido demasiado en el encuentro y no iban a retirarse solo por un primer ataque fallido. Si el xilium no había logrado completar su misión y

eso complicaba los ataques subsiguientes, que así fuera; lo único que cambiaría era que los hostigadores tendrían que organizarse en patrullas de caza y recorrer la cara cavernosa de Saalok en lugar de dirigirse a los faros que Kehdana y sus templarios oscuros tendrían que haber posicionado.

Teredal sacudió la cabeza, trató de ahuyentar la desesperanza que amenazaba con inundarlo. Se alejó un paso de las tiras mojadas de tendón que había extendido sobre el suelo. Él no podía hacer nada.

*Nada.*

El zelot se recostó sobre las piedras compactas y frías de la pared de la galería para analizar la situación, intentó ver el problema con mayor claridad. Este era el modo en que había vivido durante mucho tiempo, sobreviviente de muchísimas batallas en las que otros se habían desmoronado de miedo e indecisión.

*¿Sabías que la luna de Aiur es única entre las estrellas?*

La voz de su maestro le retumbaba en la cabeza, no solo como un recuerdo sino como el vestigio vibrante de un alma entretejida en el Khala. Era un conocimiento que permeaba las fibras del universo. Teredal estaba demasiado lejos de sus hermanos para comunicarse con ellos deliberadamente pero podía sentir su esencia —la de los vivos y la de los muertos— incluso a años luz de distancia. Escuchaba la voz y la sentía en los huesos. Su respuesta fue tanto una plegaria como una súplica susurrada; se habló a sí mismo y al eco de su maestro que todavía vivía dentro de él.

*Maestro, veo la condena de nuestro pueblo, el principio del fin. Mis armas están dañadas y yo estoy solo. ¿Qué puede hacer un zelot viejo y solo contra las colmenas de Saalok?*

Después, al pensar que su maestro lo castigaría por quedarse sentado sin hacer nada, Teredal se inclinó y empezó a vendarse el brazo lastimado con los tendones. La carne dura y húmeda se le adhería a la piel y le producía ardor en los sectores en que el tejido alienígena tocaba la herida abierta. Cuando ajustó bien el vendaje, el dolor le llegó hasta el hombro y el zelot tensionó los músculos. Era bueno sentir dolor, lo mantendría enfocado. Una vez que la herida estuvo bien cubierta, Teredal abrió y cerró la mano para corroborar que todavía tenía plena movilidad. La hemorragia se detuvo.

El zelot miró hacia abajo y, a la luz tenue de su espada psiónica, descubrió que todavía le quedaban tiras de tendón. Los tendones de hidralisco eran fuertes y prácticamente impenetrables pero flexibles como el cuero. Dada la capacidad aterradora de los zerg para adaptarse, su carne y sus huesos estaban a la par de las armas y armaduras forjadas por protoss y humanos. Teredal volvió a abrir y cerrar la mano, contempló las largas garras de hidralisco que habían quedado descartadas en el polvo empapado en sangre.

*Rondas la respuesta, Teredal.*

...

El hidralisco ya había comido hasta el hartazgo y soltó el miembro que había estado mordisqueando, mientras el suelo se desmoronaba detrás de él. Algo emergía de las madrigueras, algo que se movía muy rápido.

Cuando giró con un chillido, la criatura se encontró con el arco azul feroz de la espada de un zelot. ¡Dolor! El arma se clavó en el hombro del hidralisco, achicharrando piel y huesos. El hidralisco tiró un mordisco con esas mandíbulas poderosas y capturó entre los dientes filosos la muñeca del zelot que todavía estaba protegida por la armadura. El metal chirrió. El otro brazo

del zelot estaba desarmado y olía a sangre. *¡Pres!* ¡Estaba atrapado y desamparado! El hidralisco se babeó ante la expectativa. Esta comida se retorcería en su boca.

Después el zelot miró hacia arriba y envió *sonidos* a la mente del hidralisco. Sonidos de palabras llenos de una furia arcaica que era primitiva y clara.

*Se acabó el banquete, monstruo. Ahora prueba tu propia sangre.*

Teredal asestó un golpe con el otro brazo y un par diferente de garras largas y dentadas se clavó en la boca del hidralisco.

...

De pie en la luz fría del amanecer, Teredal terminó de limpiarse la sangre de las garras amarradas a su muñeca. Era un movimiento cargado de significación ritual proveniente del pasado de su pueblo, antes de la civilización. Antes de la tecnología que permitía concentrar el pensamiento en espadas de pura energía. Esta acción sencilla le trajo claridad y cierta paz. La paz se tradujo en concentración.

*Usa esa concentración.*

El zelot lleno de cicatrices se agachó y, con el dedo, dibujó tres puntos en la arena. Las tres ramas de la flota protoss, que esperaban una señal del xilium caído... una señal que nunca llegaría. Bajo esos tres puntos, trazó una línea larga y después otra. Dos líneas: un día y una noche saalokianas hasta que la flota lanzara el ataque destinado al fracaso. La rotación de Saalok era corta; la luna no estaba gravitacionalmente acoplada a Aiur y su revolución completa duraba alrededor de la mitad de un día del mundo de Teredal. No tenía demasiado tiempo.

Después, Teredal dibujó seis líneas diagonales en círculo alrededor de sus marcas. Los seis faros. Estructuras cristalinas que llevaban todos los zelot del equipo, herramientas compactas diseñadas por artesanos nerazim para disponer de destellos precisos de energía psíquica. Su función era dirigir la flota a las colmenas de enemigos más importantes con precisión quirúrgica. Ahora se encontraban desparramadas sobre la arena pálida que rodeaba a Teredal.

Sus órdenes habían sido ayudar a los templarios oscuros a posicionar los faros. Después, tenía que escoltar a los nerazim lejos de los enjambres de zerg que la señal atraería, lejos de los puntos de reunión preestablecidos, donde coordinarían a los hostigadores para limpiar Saalok. Una nave volvería a buscar al xilium una vez que la luna estuviera limpia de zerg; la extracción era la tercera prioridad del ejecutor. El principal objetivo de la misión era conferirle a la flota una posición privilegiada en la órbita lunar en torno a Aiur, una posición que sentaría las bases del esfuerzo final para recuperar el hogar de los protoss.

Si la misión llegaba a fracasar, los miembros del equipo que sobrevivieran tendrían que reagruparse en el punto de reunión más cercano. Teredal se frotó la cicatriz que tenía donde había estado su ojo izquierdo con el talón de la mano; le dolía cuando se quedaba quieto demasiado tiempo. Quizá podía enviarle una señal a la flota desde el punto de reunión con uno de los faros. Tal vez el ejecutor la interpretaría como señal de ayuda y le enviaría un transbordador. Pero no, era demasiado peligroso y el ruido psíquico atraería más zerg. Además, para cuando llegara al punto de reunión, la flota ya estaría lista para el ataque. Las naves principales ya habrían descubierto sus posiciones, dispuestas en torno a un enemigo inteligente en una formación vulnerable.

No había... esperanza. Un amanecer más y la última rama del poder protoss se habría extinguido. Sin pensarlo, Teredal se agachó y dibujó un círculo alrededor de las seis líneas

diagonales. La Esfera zelote, signo de su orden. El círculo perfecto de Saalok. Un símbolo de pureza, concentración y razón.

Y de repente lo vio claro. Una forma de enviar el mensaje a la flota. Era un plan sencillo pero ensombrecido por la inevitabilidad de la muerte. La voluntad de Teredal flaqueó y su espada psiónica brilló con una luz empática.

Colocaría los faros en un círculo perfecto: usaría los instrumentos de navegación de su armadura para posicionarlos a distancias calculadas. Cada vez que un cristal gritara al cielo, su bramido atraería zerg al epicentro. Era lo previsto. El ejecutor que esperaba en la flota lo vería y pensaría que todo iba de acuerdo con lo planeado.

Y entonces Teredal dependería de la claridad y la inteligencia de su pueblo: necesitaría que la flota percibiera la ubicación de los faros, una simetría extraña manifiestamente atípica para una formación zerg. En especial si los zerg eran salvajes. Pero eso no era lo que convencería al ejecutor del discernimiento inesperado de los zerg, no del todo. La espada de Teredal volvió a brillar con intensidad, su cara cubierta de una luz azul parpadeante.

El ejecutor se convencería una vez que viera a los zerg *predecir* el patrón. Cuando los zerg se movilizaran para interceptar el último faro de la circunferencia, que dejaría en evidencia su capacidad cognitiva para leer el trazado circular y calcular el lugar donde se encendería la siguiente señal. Y era entonces que Teredal moriría, desmembrado en una emboscada que él mismo se había creado.

Era... no exactamente lo que le habían ordenado hacer. Esa acción iba en contra de todo lo que representaba un zelot, era un intento audaz de inmiscuirse en cuestiones tácticas que se decidían mucho más arriba. Teredal recorrió el círculo con el dedo, la Esfera zelote.

*No es casualidad que nuestro pueblo haya observado su pureza en busca de orientación y claridad durante las eras más oscuras de la historia.*

Teredal comenzó a tomar los faros de los cuerpos de sus hermanos muertos. Apenas del tamaño de su mano, los orbes cristalinos eran pesados y estaban tallados con diseños curiosos. A medida que los levantaba, Teredal pasaba un dedo por la ranura de acceso de cada uno de los constructos, y todos emitieron un resplandor azul bienvenido, que significaba que funcionaban.

*Hasta el más diminuto de los arcos llena la circunferencia mayor.*

Palabras que su maestro había repetido con frecuencia y que ahora Teredal comprendía. Iba a necesitar que la suerte estuviera a su favor para que su plan funcionara. De vuelta en el lugar donde estaba su dibujo en la arena, donde había recibido la epifanía, Teredal evaluó su estado. El brazo todavía le dolía pero esas palpitaciones leves no lo distraerían demasiado; estaba acostumbrado al dolor. La emboscada había requerido cierta inversión de energía pero nada a lo que Teredal no estuviera acostumbrado. Otro punto a favor: tenía las piernas intactas. Hoy iba a necesitarlas fuertes. Teredal siempre había sido un buen corredor y estaba a punto de correr su carrera más veloz. Sin dudas, la última.

Balanceó el brazo para probar la longitud de sus nuevas garras. Eran más voluminosas que la espada psiónica y brindaban menos protección, ahora que no tenía el guantelete. Pero tenían un filo letal. Había sido muy satisfactorio verlas clavarse en ese hidralisco, sentir los bordes serrados cortar la carne alienígena con una facilidad incestuosa.

Como ahora llevaba seis faros, no tendría completa libertad de movimiento. Los faros se adherían magnéticamente al cinturón de su armadura. Serían incómodos y restringirían su paso, pero solo al principio. Con cada uno que colocara, el peso sería menor... y el peligro mayor.

El sol ya casi había iluminado todo el horizonte. El tiempo empezaba a agotarse. Teredal se agachó y borró las marcas de la arena, después colocó el primer faro. Tocó la ranura de activación, equipada con sensores escondidos que probaron sus células y respondieron. El faro comenzó a emitir una luz roja, pulsos suaves que indicaban que la señal se dispararía después de ciento un destellos. Teredal se puso de pie y se preparó para correr.

De las rocas que tenía al costado salió un sonido. Teredal giró y encendió su espada. Ahí no había nada más que los cuerpos caídos de sus camaradas enredados con los de los zerg. ¿Alguno de los monstruos habría sobrevivido? Estuvo a punto de ir a investigar...

*No hay tiempo. El faro está activado.*

Teredal corrió. La distancia hasta la ubicación del siguiente faro era un tramo corto del recorrido total pero él quería estar lo más lejos posible del primer faro cuando se disparara. Lo iban a oír todos los zerg de la luna y Teredal sabía que la señal de un enemigo que se suponía muerto atraería monstruos de todas partes. Por suerte, esa parte del camino era por un cañón estrecho y no iba a tener que invertir demasiado tiempo esquivando zerg curiosos. Eso esperaba.

La arena susurraba bajo sus pies que se movían con agilidad y Teredal dejó que el paso rítmico lo llevara por la cara blanca de Saalok. Aiur comenzó a asomarse en el horizonte oriental y era más hermoso de lo que él se había imaginado. Desde ahí, los verdes y marrones y azules vibrantes que delineaban los continentes y océanos de su mundo natal parecían prístinos, incorruptos. Pinceladas anchas de nubes arremolinadas se extendían de polo a polo, y Teredal sintió una nostalgia por Aiur como si el tiempo no hubiera pasado.

Entonces se activó el faro.

Un grito, un rugido, un huracán terrible de ruido psiónico que se propagó con furia por todo el Khala. La templario oscuro lo había preparado para eso, le había advertido acerca del impacto que seguiría a la activación de cada faro. Kehdana le había sugerido que se apartara a una distancia de seguridad mínima y luego se arrodillara para erigir una barrera mental antes de que el faro se disparara; su señal tenía el doble propósito de enviar un mensaje al espacio y crear una onda expansiva violenta en el tejido psíquico local, que llamaría a todos los zerg salvajes de Saalok. Teredal estaba preparado para cierto grado de desorientación pero no se esperaba semejante furor. Se tropezó y cayó de cara sobre la arena. Por un momento, no pudo ver ni respirar, toda su alma estaba ocupada en luchar contra el caos infernal que, segundos antes, había sido el Khala. Y después, tan rápido como había llegado, la señal se agotó.

*Si eso no llama al Enjambre, no sé qué podría llamarlo.*

Miró hacia el cielo plagado de estrellas y llamó a su pueblo, una voz solitaria perdida en la tormenta.

*Miren este faro, hermanos. Y miren los que vendrán.*

Y después Teredal se puso de pie y corrió. Se limpió la sangre del ojo y sacudió la cabeza para aclararse.

*Corre.*

La arena comenzó a desaparecer hasta que el camino de Teredal se convirtió en piedra y grava. Ahora le resultaba más fácil mantener la velocidad pero también el peligro era mayor porque sus pisadas ruidosas aumentaban la posibilidad de alertar a los zerg. Tendría que ser más cuidadoso mientras cruzaba a toda velocidad el barranco estrecho con vetas de yeso.

Contar sus pasos ayudaba al zelot a organizar las preocupaciones que le inundaban la cabeza. Algunas eran solucionables. Otras escapaban a su control.

Primero, estaba la preocupación de que los zerg descubrieran el patrón antes de tiempo. Si predecían la ruta de Teredal antes de que él hubiera podido posicionar suficientes faros, cabía la posibilidad de que los protoss no pudieran interpretar su mensaje. Teredal tendría que colocar los faros lo más rápido posible. Tendría que mantener el ritmo y completar el círculo antes de que volviera a amanecer.

Segundo, los faros tendrían que estar a una distancia considerable para que su disposición fuera legible desde donde estaba la flota. Él ya había calculado las coordenadas, los vectores de todos los tramos de faro a faro; la mente zelot entrenada era capaz de calcular cifras como esas sin esfuerzo. Pero conocer el camino y poder terminar la agotadora carrera a toda velocidad eran dos cosas muy diferentes. Los faros debían dispararse tomando en cuenta la rotación de Saalok. Si Teredal se limitaba a correr en círculo y colocaba los faros a medida que describía la circunferencia, ese hemisferio de la luna quedaría fuera del campo visual de la flota antes de que pudiera completar el recorrido porque la segunda mitad del contorno de un círculo se curva de vuelta hacia el punto de origen. Tendría que colocar los cinco faros restantes a uno y otro lado del origen, corriendo en zigzag hacia puntos cada vez más distantes para asegurarse de que el círculo que se estaba formando terminara dentro del campo visual de la flota. Eso significaba que Teredal iba a correr una distancia mayor que el perímetro real del círculo. La carrera sería difícil, hasta para un zelot. Todo un día y una noche sin tiempo para frenarse a descansar. Teredal no era exactamente un recluta joven. Era un veterano y ya había peleado esa mañana. Tenía que aceptar la posibilidad de que la sola carrera podía reventarle uno de los corazones.

Finalmente, cabía la posibilidad de que la mente, o mentes, que controlaban a los zerg descubrieran su estrategia y no respondieran, o que respondieran de forma tal que sus

acciones parecieran fortuitas. Entonces el plan del zelot fracasaría. Teredal se sacó esa idea de la cabeza. Era una forma de pensar paranoica y, en última instancia, inútil. Si los zerg eran tan inteligentes para simular un comportamiento feroz, ¿por qué no lo habían hecho cuando aterrizó su equipo?

Por ahora, solo quedaba correr.

...

Teredal había colocado el segundo y el tercer faro sin problemas ni interferencia zerg. El enemigo no había podido predecir su patrón.

*Así y todo. Después de tres puntos, lo único que ven es un triángulo. El cuarto revelará el patrón y la ubicación del quinto y el sexto faro será más predecible.*

Teredal saltó sobre la roca que le bloqueaba el camino, cayó rodando para no perder impulso y enseguida estaba de pie, corriendo de nuevo. Ahora le quedaban solo tres faros amarrados al cinturón y, con menos peso, había ganado velocidad y agilidad así que ya no tenía que bordear los obstáculos. Había corrido desde la mañana hasta el mediodía con solo dos paradas breves: las que había hecho para colocar el segundo y el tercer faro. Después del primer faro, el punto occidental del círculo, había corrido hasta el noroeste y después en dirección al sur, hasta el punto sudoccidental. El próximo tramo que estaba por comenzar sería el más largo de todos: desde el faro sudoccidental hasta el nororiental, una distancia igual a

todo el diámetro del círculo. Si Teredal lograba mantener la misma velocidad, llegaría a la cuarta ubicación al atardecer.

Teredal había aprendido a disparar los faros y después hacer una cuenta regresiva de números primos mientras corría hasta detenerse a fin de levantar sus defensas durante unos segundos para evitar lo peor de la explosión. Lamentaba tener que detener la marcha pero, después de que la primera sirena psiónica lo dejara tirado en el piso, evaluó que el riesgo de lastimarse durante la caída era peor que un pequeño retraso.

El zelot corría mientras la luz del sol se volcaba limpia y constante a través de la atmósfera delgada de Saalok. El calor sobre la piel lo hacía sentirse renovado, rayos provenientes de la estrella solar de Aiur, que habían nutrido a su pueblo durante eones. Los protoss eran criaturas de luz solar, criaturas que habían usado el ingenio y la velocidad para cazar por las grandes planicies y junglas de Aiur mucho antes de que comenzaran el lenguaje y la civilización. Correr bajo esa luz límpida de verano, eso era lo que significaba ser protoss.

Todavía no había tenido ningún encuentro con los zerg, pero igualmente Teredal se mantenía al abrigo de dunas y rocas siempre que no lo apartaran demasiado del camino. Una vez creyó haber visto a un amo supremo flotando a la distancia pero intentó pasar desapercibido hasta que desapareció. Teredal había notado que la criatura parecía moverse en dirección a su último faro. Estaba casi seguro.

Cuando el sol comenzó a ponerse sobre su hombro derecho, Teredal sintió un vínculo intangible a través del tiempo con sus antepasados. Su misión era clara; su muerte, segura, y el zelot sintió una paz extraña que sincopaba sus pisadas firmes. Mientras corría, hizo una reverencia con la cabeza y se trazó un círculo en el pecho.

Según los cálculos de Teredal, el lugar donde tenía que dejar el cuarto faro estaba cerca. Aminoró la marcha a medida que se fue acercando.

*Es aquí donde los tres puntos se transforman en cuatro, donde el triángulo comienza a tomar la forma de un círculo. A partir de aquí, cada paso que dé estará teñido de muerte.*

El sol ya casi había desaparecido detrás del risco calcáreo que se elevaba a su lado. Teredal estiró los brazos en la luz tenue, le dijo adiós a la órbita dorada que su pueblo había venerado en una era ya olvidada. Lo que quedaba de la carrera tendría lugar en la oscuridad, sin nada de ese alimento tibio y nutritivo que había mantenido a Teredal lleno de energía durante el día. El pecho ya le dolía y el brazo lastimado le temblaba cuando se arrodilló y apoyó el faro en la arena. Teredal intentó dejar a un lado sus preocupaciones. No había tiempo para descansar. Al amanecer la flota estaría aquí. Disparó el faro y después se adentró corriendo en las sombras.

...

Si bien frío y traicionero, el refugio de la noche demostró ser valioso. Teredal no había llegado ni a la mitad del cuarto tramo de su recorrido cuando casi se topa con un par de ultraliscos.

*¡Dos!*

Gracias a sus reflejos bien entrenados, pudo derrapar y frenar cuando las paredes de roca junto a él retumbaron con gemidos pesados de baja frecuencia. Agachado bajo una saliente, el zelot trató de apaciguar el temblor que tenía en las piernas.

Había estado siguiendo una serie de cañones estrechos durante la mayor parte del camino, solo se arriesgaba a exponerse cuando el refugio lo apartaba demasiado de su destino. Pero pronto los cañones se acabaron y Teredal se había visto obligado a seguir la pared de un acantilado. Si bien era mejor que correr por una planicie abierta, el zelot se sentía expuesto y trataba de enfocar el ojo en cualquier roca, grieta o saliente que hubiera más adelante en caso de que necesitara esconderse. Era una costumbre agotadora que había adoptado durante el sitio de Torenis Prime y requería que la cabeza y los reflejos estuvieran en frenesí constante cuando lo único que querían era rendirse al ritmo tranquilizador de la carrera. La costumbre le había salvado la vida.

Los ultraliscos habían estado preparándose para descender desde el risco que se elevaba sobre la cabeza de Teredal (parte de la cornisa se había derrumbado y les daba un punto de apoyo a las criaturas monstruosas). Una parte de su mente había reconocido sus llamados que rebotaban en las rocas cercanas. Por instinto, Teredal había buscado refugio en la saliente casi antes de haberlos descubierto conscientemente. Los ultraliscos pasaron con estridencia por la cresta que se elevaba sobre el escondite de Teredal, sus piernas macizas como pilares hacían temblar el risco, provocando el derrumbe de cascadas de roca y arena. Teredal luchó contra el impulso de encender su espada y atacar. Un poco de acción, un poco de sangre, una manera de desahogar el dolor después de todo un día y una noche de carrera. Pero sabía que la pelea le consumiría un tiempo y una energía que no tenía.

*Guárdatela para los faros. La sangre no se hará esperar.*

Mientras aguantaba que las bestias terminaran de pasar, el zelot trató de descansar los corazones doloridos. El dolor había ido en aumento constante durante la noche. Flexionó el brazo derecho y se ajustó las vendas que sostenían las garras. Estaban húmedas de sangre que brotaba de a poco; a Teredal le preocupaba que alguna infección zerg estuviera impidiendo que la herida sanara. Los mandatos de su orden prohibían el uso de tejido y armamento alienígena precisamente por ese motivo, pero Teredal sospechaba que la profanación de la carne y las armas protoss eran una prioridad menos importante que la compleción de su misión suicida. Todo terminaría mucho antes de que una pérdida de sangre insignificante fuera un problema.

*Suficiente descanso. Los ultraliscos ya se fueron. A moverse.*

Salió a gatas de debajo de la cornisa y escrutó la cima del risco en busca de movimiento. No había nada. Era raro ver un par de ultraliscos patrullar así: normalmente, esas criaturas pesadas cargaban en el fragor de la batalla, donde el derramamiento de sangre era seguro.

*A menos que no estuviesen patrullando. A menos que los hubieran mandado a enfrentarse a un xilium de protoss por una ruta de desplazamiento sospechada.*

Teredal asintió para sí. Era otra prueba de que los zerg estaban bajo el influjo de una entidad consciente, con conocimientos de táctica y estrategia. No era una prueba irrefutable pero sí una pieza más del rompecabezas. Empezó a correr de nuevo; aceleró el paso. Sabía que la figura final se haría evidente en el siguiente faro.

Fue antes de eso.

La colmena estaba en medio de su camino. Teredal había esquivado dos patrullas más: un grupo de hidraliscos y otro ultralisco. Esta vez, ambos iban acompañados de amos supremos y él había identificado patrones de búsqueda en la forma en que se movían. Los amos supremos

refulgían con lo que Teredal reconoció como fluidos embriónicos zerg, prueba de que las criaturas acababan de engendrarse en una colmena cercana. Y, sin dudas, mientras avanzaba con cautela, le había llegado el chasquido inconfundible de las mandíbulas de los obreros. Mientras maldecía la demora, Teredal dio un rodeo amplio alrededor del sonido. El viaje ya le había tomado más de lo previsto. Sería una carrera contra el amanecer.

Había una franja de espacio libre entre el fin de un cañón y el principio de otro. La distancia no era amplia —unos cincuenta pasos aproximadamente— y Teredal no veía otra forma de sortear el claro que no le exigiera volver sobre sus pasos. Tendría que correr a máxima velocidad.

Se agachó cerca del piso y apretó los puños, una forma de juntar fuerzas para la explosión de velocidad. Se trazó un círculo en el pecho y después, de un salto, salió de las sombras hacia la luz de las estrellas.

*Diez pasos... Veinte... Treinta... Ya casi...*

Desde la penumbra que se extendía a su izquierda le llegó una imagen fugaz de la colmena zerg, y lo que vio lo hizo pararse de pronto. Dos torres altas y delgadas coronadas por un minarete bulboso. Las dos brillaban a la luz de las estrellas, latían con un movimiento vascular. Mientras Teredal miraba, las torres crecían. Lentamente, de a pequeños latidos, pero crecían.

Eran espiras. Los edificios orgánicos de los zerg que, una vez maduros, proporcionaban las encimas y materiales genéticos necesarios para engendrar las criaturas voladoras de las que estaba compuesta la mayor parte de la flota alienígena. Estas espiras se habían formado hacía muy poco, evidentemente en respuesta a las acciones de Teredal en Saalok. Los zerg sabían que se venía algo y que su estrategia de ferocidad simulada había quedado al descubierto. Según las

predicciones del zelot, en un día más los zerg tendrían una flota incipiente y, poco tiempo después, una fuerza considerable: la generación rápida de unidades militares era la especialidad de estos monstruos. Los protoss se encontrarían con una luna habitada por criaturas pensantes despiadadas que los destrozarían antes de llegar a Aiur.

Un ultralisco rugió desde la colmena y Teredal se dio cuenta de que estaba de pie al descubierto. Giró y desapareció en el cañón. La molestia que sentía en el pecho ahora era un dolor punzante.

*Más rápido.*

...

Los zerg esperaban en el lugar del quinto faro. Teredal los oía en el valle oscuro, mucho más abajo. Si bien los cuatro faros previos no necesariamente apuntaban a un quinto, esa era una de las dos o tres ubicaciones que tenían sentido si uno buscaba un patrón. Teredal se imaginaba que habría grupos similares apostados en los otros puntos posibles: eso era lo que un estratega inteligente hubiera hecho. Pero una vez que el quinto marcador estuviera en su lugar, ya no habría más dudas sobre la configuración. La ubicación del sexto faro sería evidente y todas las garras y los colmillos de Saalok se concentrarían ahí.

*Paso a paso. Primero hay que posicionar el quinto faro y este valle está ocupado.*

Teredal se retiró del pico que daba al valle donde se encontraba su objetivo con una mano sobre el pecho. Tendría que actuar pronto pero sabía que no tenía la energía para enfrentarse a la patrulla reunida ahí abajo. Un ultralisco, seis hidraliscos y un amo supremo. Poderío de melé, potencia de fuego a distancia y una fuerza coordinadora que mantenía a los zerg bajo control. La conformación de la patrulla le dio al zelot cierto consuelo: obviamente quienquiera que fuera que estaba controlando a estos zerg no tenía ni idea de qué clase de enemigo estaba activando los faros. La patrulla se había diseñado para lidiar con diversos escenarios posibles. Teredal se habría reído si hubiera tenido energías.

*¿Se imaginarán a un soldado viejo y herido con armas improvisadas?*

Levantó el brazo que tenía las garras, estudió los bordes serrados con ojo clínico. Todavía afilados, todavía letales. Mucho más abajo, las bestias de la patrulla se dirigían de vuelta a la cima del cañón, al lugar donde tenía que ir Teredal. El amo supremo flotaba sobre ellos, vejigas musculosas de gas se contraían mientras la bestia se impulsaba hacia adelante.

Los zerg habían borrado al pueblo del zelot de su mundo natal con una ferocidad que había derrotado la sabiduría protoss una y otra vez.

*Es hora de que los protoss devuelvan esa ferocidad.*

Teredal tocó el disparador del faro con el pulgar y se lanzó a la oscuridad de un salto. Con los sonidos que venían desde abajo como única guía, empujado por una ira contenida por demasiado tiempo, dejó atrás el dolor y el cansancio y saltó.

Aterrizó sobre el amo supremo, que salió disparado de la sorpresa. Cuando le clavó las garras en una vejiga carnosa lateral, Teredal sintió una ráfaga de aire caliente y húmedo y un grito psíquico que le perforó los tímpanos. Se aferró a la criatura, que se inclinaba y comenzaba

a caer. Los hidraliscos que estaban abajo emitieron un siseo colectivo y Teredal supo que el amo supremo los estaba convocando. Las criaturas feroces gritan para pedir ayuda. Las criaturas sabias gritan para exigir un ataque. Teredal usó las garras para treparse al amo supremo herido y pasar del otro lado justo a tiempo para esquivar una lluvia de espinas que se clavaron en el lugar donde él había estado.

*Si antes tenía alguna duda, ahora ya no.*

Su montura caía a pique cada vez más rápido dejando una estela de gas que salía con un chiflido de varios agujeros. El ultralisco avanzó ruidosamente con la intención de interceptar al amo supremo comprometido cuando se estrellara contra el suelo. Teredal no tenía ninguna intención de estar ahí. Tomando como referencia los sonidos pesados de las pisadas del monstruo, tomó coraje y saltó de nuevo, mientras encendía su espada psiónica como una antorcha en el desierto. Necesitaría luz para lo que estaba por hacer.

Encendido como un meteorito, Teredal atravesó el cielo nocturno en picada y aterrizó con un crujido en el caparazón pesado sobre los hombros del ultralisco. Una vez más, clavó las garras en la coraza ósea del monstruo para mantener la estabilidad. Teredal sintió una nueva punzada de dolor en el costado.

*Costillas... rotas. Tengo que llegar a la... articulación del cuello...*

Tenía conocimientos sobre el ultralisco que había obtenido con sangre, se había ganado el reconocimiento de sus hermanos por matar a las bestias sin ayuda. Pero sus victorias siempre habían tenido un precio, y nunca había intentado semejante ataque después de una carrera tan devastadora ni estando así de herido. El veterano se aferró a la espalda del ultralisco, que corcoveaba y giraba con unos chillidos furiosos que retumbaban en las paredes del cañón. Lenta, deliberadamente Teredal se arrastró hasta su cuello.

*Como... la plaza de Nelyth...*

Con un solo movimiento de su espada feroz, partió la placa delgada que recubría el cuello del monstruo y clavó bien las garras en la carne expuesta. El ultralisco rugió y dio una última embestida, que hizo que Teredal se soltara y saliera volando por el aire.

El zelot logró aterrizar rodando por una extensión de arena. Se puso de rodillas mientras los hidraliscos lo rodeaban. El ultralisco avanzó con estrépito, le corría el icor por el pecho. Estaba herido pero vivo. Teredal sangraba, estaba en desventaja y se había quedado sin energía. Apagó la espada y se arrodilló frente a la bestia. Los hidraliscos se acercaron más.

*Cuatro. Tres. Dos. Uno.*

El faro explotó en un estallido de energía psíquica que le reventó la cabeza al ultralisco. Una ola incandescente de azul y violeta emanó de la herida abierta donde Teredal había plantado el dispositivo, bañando el valle con un fuego frío. Los hidraliscos gritaron, se retorcieron mientras la sangre les salía de la boca a borbotones. En la caída, dispararon espinas y se perforaron la carne uno a otro en medio de una agonía ciega. Las paredes del cañón temblaron con la resonancia metafísica, el mismísimo tejido que mantenía sus átomos unidos sacudido por la fuerza de la explosión. El escudo de Teredal, completamente recargado, parpadeó una, dos veces en la tormenta energética y después se agotó. Al arrodillarse, el zelot había concentrado toda la energía que le quedaba en erigir las defensas psíquicas que había aprendido de chico. Eran todo lo que le quedaba. A esa distancia, dado que la fuerza plena de un faro estaba diseñada para hacerse oír en todo un planeta, las esperanzas de que un solo protoss sobreviviera eran ínfimas.

*Ínfimas...*

*Quiere decir que no son nulas.*

*Rondas la respuesta, Teredal.*

El zelot se desmoronó en las sombras y quedó inmóvil.

...

Luz. Una blancura trepidante, abarcadora. Teredal pestañeó, no veía nada más que haces de luz que irradiaban una luminiscencia húmeda en su campo visual.

*Cuánta belleza. ¿Estoy en el Khala? ¿Me mo...?*

No. Había luz, pero no había voces. Silencio. Según la tradición, después de la muerte el Khala era un coro infinito de mentes entretajadas en armonía y felicidad. Pero... el zelot solo sentía *dolor*. Teredal se frotó la cicatriz que tenía donde había estado su ojo izquierdo con el talón de la mano; había empezado a molestarle.

*¿Cuánto hace que estoy aquí tirado?*

Teredal se dio vuelta.

*¿Y la luz?*

Estrellas. No, meteoritos. Saalok estaba atravesando una lluvia de meteoritos y la luz que caía como una cascada les daba una textura pálida y líquida a las paredes del cañón. El brillo lo había despertado y ahora Teredal sentía el dolor agónico de su cuerpo roto. Tenía dos costillas rotas en varios lugares; el brazo, una llama de dolor donde se había propagado la infección y el cráneo todavía le retumbaba por el golpe y el rugido del faro.

*Pero ya no me duelen los corazones. Y estas sombras significan que todavía no amaneció.*

Teredal tembló y se puso de costado. Sentía el último faro aún amarrado a la cintura.

*Hasta el más diminuto de los arcos llena la circunferencia mayor.*

*Ahora de pie, zelot.*

Se inclinó con una mueca de dolor y se arrastró para ponerse de pie. Trastabilló hacia un costado y se desmoronó contra la masa carnosa y amorfa que alguna vez había sido un amo supremo. Hacía frío sobre la arena húmeda. Teredal volvió a levantarse con esfuerzo, descansó contra esa cosa ensangrentada por un momento y después se alejó. La lluvia de meteoritos ya estaba terminando, las últimas líneas de fuego desaparecían en un horizonte cada vez más claro.

*Ahora corre, zelot. Corre por Aiur.*

Y Teredal corrió. Después de una decena de pasos tropezó y cayó sobre la arena. Pero volvió a levantarse y siguió corriendo. Este último tramo sería poco más que la mitad de la distancia del anterior pero los corazones ya le dolían y solo había dado unos pocos pasos. Además, no podía enfocar la vista.

*Corre.*

Las sombras que cubrían la base del risco que estaba siguiendo comenzaron a retroceder. Teredal se obligó a correr más rápido y las piernas entraron en ese ritmo constante, atemporal por el que los zelot eran tan conocidos. La arena se transformó en grava, que se transformó en roca, que se transformó en arena de nuevo.

*Más rápido.*

Corrió más rápido. El dolor se atenuó y Teredal supo que era el sabor anestésico de la muerte que se acercaba.

*Más rápido.*

Sus pisadas sonaban pesadas contra la arena. Retumbaban en las paredes de roca. Retumbaban y se amplificaban hasta convertirse en olas de sonido que se estrellaban contra una costa imaginaria. Ultraliscos. Chirridos que traía el aire tenue. Había zerg detrás de él, bestias hambrientas a la caza de la criatura que las había evadido durante tanto tiempo. Ahora su camino era conocido, su refugio se desvanecía a medida que el cielo se iluminaba.

*Más rápido.*

Caían rocas de las paredes del cañón a ambos lados de Teredal. Los zergueznos corrían en paralelo al zelot, a la misma velocidad, mientras buscaban un modo de descender y atacar. El estruendo era mayor detrás de él. Ya se veía luz coronando la cima de las montañas. El amanecer estaba cerca.

Y entonces el cañón terminó y Teredal siguió corriendo sobre una extensión abierta de grava. Su meta se aproximaba: un cráter antiguo, una marca circular sobre la cara de Saalok, discernible desde Aiur. Ya no habría dónde refugiarse. No más escondites. Solo quedaba correr.

Ahora el ruido era más fuerte. Teredal oía el repiqueteo rápido de las garras sobre la piedra, los zergueznos corriendo a toda velocidad el último tramo. Las criaturas eran rápidas.

*Pero no son zelos.*

*Más rápido.*

Una última explosión de velocidad, energía proveniente de unas reservas que Teredal ni siquiera sabía que tenía. El cráter se veía cada vez más grande y el veterano se desenganchó el faro del cinturón.

*La emboscada esta ahí. Si tan solo pudiera posicionar el faro antes de...*

Un ultralisco apareció en el borde del cráter. Después otro. El par que había visto patrullando durante la noche. Chocaron sus garras curvas y salieron en estampida desde el borde del cráter hacia donde estaba él. El suelo tembló. Detrás de ellos, salía el sol. Amanecía. Teredal encendió la espada y atacó.

*¡Por Aiur!*

La apelación de Teredal se propagó por todo el Khala, fuerte y clara y entera. Y no fue la única. Muchas voces se hicieron eco del grito de Teredal con una furia que igualaba el rugido de los ultraliscos.

*¡Por Aiur! ¡Por Aiur!*

Rayos de energía azul desgarraron el amanecer, destrozando a los ultraliscos en una lluvia de sangre y huesos. Un trío de mantarrayas del vacío irrumpió entre la sangre, seguido de una decena de exploradores. Tronaron en el cielo, lacerando el aire con una tempestad de partículas efervescentes. Teredal giró, vio por primera vez lo que lo había estado siguiendo. Era un ejército de zerg: un sinnúmero de hidraliscos, cucarachas y zergueznos. Los ultraliscos bramaban en el calor abrasador, indefensos contra el ataque aéreo. Los zerg quedaron atrapados en la tormenta de fuego y solo los que estaban más cerca del borde del cañón pudieron escapar y refugiarse.

Teredal cayó de rodillas, una oscuridad adormecedora se apoderaba de su cuerpo. No sentía dolor en el brazo ni en el pecho, que parecía vacío. El zelot se derrumbó en la arena, vio el último faro rodar de entre sus dedos inertes. Aiur se alzaba en el horizonte junto al sol. Era hermoso. Dorado y verde y perfecto.

Mientras miraba cómo Aiur trepaba por el cielo, más voces se trenzaron en el Khala que lo rodeaba.

*Sí. Tenía razón, ejecutor. El zelot está aquí.*

*¿Está ahí?*

*No sé cómo pero está aquí.*

Teredal luchó por responder. Su cuerpo se rehusaba a moverse y tenía la voz débil, un jadeo suave que temblaba a través del Khala.

*Retire... la flota, ejecutor. Retire la flota.*

Hubo un silencio y después la respuesta retumbó desde el cielo.

*Hemos visto tus marcas, zelot, y el ejecutor analizará su significado. Entretanto, estamos retirando la flota. Aiur deberá esperar un día más.*

*En taro Adun, zelot.*

Teredal asintió, la arena blanca, fría contra la mejilla.

*En taro Adun.*

Se imaginó por un momento que estaba de pie en Aiur, de pie junto a su maestro mientras miraban la luna en el cielo. La luz era casi cegadora.

*Saalok... brilla esta noche. Brilla tanto.*